

Doña Francisca: una humilde e inmensa heroína del 2 de mayo

Pancho Guerra, 2 de mayo de 1955

Que sepamos, doña Francisca no tiene una calle en Madrid, y sería bonito, aparte lo justo: calle de Doña Francisca. Habrá incluso muchos madrileños que ignoren la existencia y la hazaña de esta oscura mujer de la Villa a la que el Dos de Mayo puso de pronto un resplandor. Que se apagó después bajo el gran relumbro de los otros mayores, los que se fijaron en el plano primero de la Historia. Quedó en el fondo con la humildad y la gracia de un romance.

Doña Francisca nació en un piso principal de la calle del Mesón de Paredes, por el 1750. Era la hija de un matrimonio pequeño burgués. Las muertes de sus mayores fueronle procurando mudanzas por partida doble: bajándole el bienestar y subiéndole la vivienda. Cuando el padre dejó este mundo, mermó el tirar y la vida y su niño tuvieron que sacar los muebles y subirse a un segundo. Con los años también dobló la madre. Doña Francisca cogió sus peleques y trepó para la buhardilla. Como no le había cuajado el amor, se quedó sola en aquel rinconcito de los techos de la ciudad. Con un canario que cantaba primorosamente, de modo particular cuando entraba la primavera. Se ganaba la vida bordando y enseñando a las mocitas este arte.

Pero no se arrinconó. Le daba el tiempo para ir y venir en oficio de paño de lágrimas. Consolando aquí, dando algún dinero 'allá, recomendando infelices a párrocos, obispos y personajes, doña Francisca se creó su leyenda de ángel bueno, primero en su barrio y después a todo lo ancho del viejo Madrid. La buena fama la sacó un día en bien de entre las prisiones del Santo Oficio. Cuentan que alguna beata envidiosa la denunció a los de la Inquisición "por haber puesto puchero con gallina en día de vigilia". Entonces fue a dar por ella la cara el señor cura párroco de San Millán, y la pusieron en la calle sin más.

Rondaba la buena mujer los sesenta años cuando los franceses pasaron los Pirineos y se nos colaron. Ya se sabe cómo se les esquinaron aquí las cosas a las legiones de Napoleón. Y cómo de los rezongos pasaron los madrileños, tal día como hoy, al trabucazo, la puñalada y el agua caliente. También se sabe el alcance de la terrible represalia francesa. Fue uno de los trágicos escenarios de los fusilamientos en masa el palacio del Real Sitio, en el Retiro, residencia de los monarcas españoles desde Felipe IV hasta Carlos III. Allí fueron amontonándose hombres, mujeres y hasta niños del pueblo, que se habían empujado en que los invasores desandaran el camino y nos dejaran en paz.

En una de estas redadas, las patrullas francesas tropezaron con una muchacha de servicio, que iba o venía de casa de doña Francisca, acompañando a dos niñas de la clase de bordado. La registraron y tenía unas tijeras... Eran las de las pequeñas. Pero los galos, a los que los dedos se les antojaban huéspedes, reclaban hasta de un palillo de dientes en manos de una mujer de Madrid. Tiraron para la improvisada prisión con la doméstica. Pronto lo supo doña Francisca. Salíó para el Retiro e indagó hasta dar con determinado oficial fran-

cés. Ahora era ocasión de que pagara una deuda grande y fresca. Aquella misma mañana pasaba ella, ya iniciado el fregado, por la calle del Duque de Alba, cuando una turba de madrileños soliviantados acometía a ese oficial. En trance de muerte, doña Francisca lo cubrió con su pecho y con sus voces. Su personalidad y su prestigio personal pudieron con el grupo de patriotas. El soldado extranjero escapó con vida... Fue por esto que la templada anciana pudo volver al centro con la aterrada muchacha. De otro modo hubiera formado en la pila de cadáveres que aquella noche tremenda cubrió la tierra del Real Sitio.

Pasada la medianoche de ese memorable Dos de Mayo, acabados ya los gritos y el estruendo de las armas, doña Francisca bajó sigilosamente a la calle, cubriéndose con un largo manto negro, y pegada a las casas, vuelta una sombra, recorrió la Magdalena, León y Francos y paró en la rincónada de Capuchinos, frente al palacio de los duques de Medinaceli. Llamó y llamó hasta que se oyó allá dentro la respuesta del señor Miguelón, el portero. Señor Miguelón abrió estupefacto la portada. "¿Qué hace usted aquí a estas horas?..." Doña Francisca tuvo una rápida entrevista con el mayor-domo del palacio, y luego con los propios duques. Ella tenía la certeza de que entre aquellos fusilados del Retiro había personas con vida, gentes sólo malheridas, que se desangraban lentamente. Era preciso hacer algo por aquellos infelices. Lo primero de todo, disponer una especie de hospitalillo de urgencia en una dependencia de la mansión ducal, mandar por practicantes y médicos y esperar allí lo que pudiera ir llegando. Ella iría hasta el montón de muertos con Miguelón... Seguida por el viejo portero, la anciana llegó hasta los lugares donde se aplaban los fusilados. Fue apartando cuerpos, poniendo en ellos sus manos y su cabeza en busca de un aliento de vida. Manchada por la carne rota y sangrante, agotada por el esfuerzo de apartar muertos y más muertos, pudo superar aquel trance impresionante, rescatando uno a uno hasta once moribundos: cuatro hombres, cuatro mujeres y tres niños. Sobre los hombros de Miguelón fueron llegando al palacio de los duques de Medinaceli. Acabado el trágico ir y venir, la anciana volvió junto a los heridos, lavando, vendando y consolando. Dos de los hombres, una mujer y una niña murieron, porque llegaron casi desangrados, pero los otros ganaron la vida de la mano de doña Francisca.

Al amanecer, la heroica bordadora del Mesón de Paredes se derrumbó extenuada. La propia duquesa de Medinaceli la acostó en su lecho, le quitó los zapatos e intentó besearle los pies. Tuvo fuerzas doña Francisca para impedir aquel grande y humilde homenaje.

Apenas recuperada, habló de volverse a su casa: ya había hecho lo que tenía que hacer. Fue en vano que los duques insistieran en que se quedara con ellos un tiempo, siquiera unas horas, hasta que dummiera y descansara algo...

-No puede ser. Tengo mi taller de bordado y he de abrirlo para cuando lleguen las niñas. Y el canario. Hay que darle su comida y cambiarle el agua todos los días.



Un cronista canario en Madrid

Conocemos al Pancho Guerra costumbrista, colaborador teatral, versionador, compositor, dramaturgo, filólogo de canarismos... el hombre de la diáspora hacia Madrid que ejerció el periodismo en sus distintos géneros, principalmente la crónica de tribunales y la crónica social, con sus artículos en el periódico *Informaciones* y en *Diario de Las Palmas*, en el primero de dichos periódicos con un gran dominio de la jerga y técnica judicial, sin menoscabo de una narración próxima y completa, pedagógica y educadora de conciencias, con brillantes e hilarantes artículos, algunos dignos de llevar al cine como la sorprendente historia del polígamo y estafador José Farrás Maluenda: "el gran amor varió en recelo y luego en desprecio y asco. Al tiempo que la esquilaba, Farrás cometió un error que ninguna mujer perdona nunca: paseó el prestigio trasnochado de algunas aventuras, como Rosanna, por ante los ojos estupefactos y doloridos de la sensible y enamorada colombiana". El caso Farrás daría para cuatro artículos sensacionales que pudieron originar una novela o una serie de televisión, pero que tuvieron que adaptarse al espacio de las galeradas de prensa sin que por ello perdieran viveza, ingenio y una carga de ironía socarrona, con perdón de los afectados.

La crónica de tribunales permite a nuestro paisano ser analista de su tiempo, sociólogo y psicólogo, para recorrer el submundo de una sociedad que intenta sobrevivir con las dificultades económicas y la miseria de un país herido por una guerra civil, situación agravada por una guerra mundial y cuyos resultados suponen un mayor aislamiento del régimen de Franco. Un país en el que la libertad de prensa no existe, aunque Pancho Guerra la ejercita a través de sus artículos con precisión, criticando una realidad social, económica, política y cultural con franqueza, a través de personajes que cruzan los pasillos de los juzgados en ese "sainete trágico" o "farsa de la vida" que acaba en manos de la Justicia.

En ocasiones, Pancho Guerra no reprime su desazón por su experiencia cotidiana con la causalidad y la casualidad que hace de muchos ciudadanos se me-

tarfoseen en delincuentes o reos de causas de lo más peregrinas: "los tristes ambientes de esta casa de la Justicia, donde a diario se representa la farsa de la vida en toda su gama, desde el sainete más risueño hasta la tragedia más impresionante y pensosa...". Esa relación con el día a día de los sucesos y su enjuiciamiento le lleva a sentirse una pieza dentro del morbo nacional, de la necesidad de dar a los lectores un motivo para comprar el periódico y tertuliar sobre lo que aparece en sus páginas, una sociedad ávida de crónica negra sin la que el diario matutino o vespertino apenas tenía valor y atractivo: "Los casos de sangre son cada día más escasos y los de sangre gorda se dan de uvas a brevas. Esto, que acusa una evolución, una merma de los instintos en beneficio de la civilidad, no es buena cosa para el cronista, que, sin embargo, se alegra de que el corro de vecinas y al romance del ciego le falte 'materia prima'...". Todo ello en un Madrid que, para el periodista que firmaba con el pseudónimo de Doramas "no tiene clima para los atracadores".

Hay otros artículos en los que se refleja la conciencia, creencias o tópicos asumidos por la sociedad de entonces. Algunos de sus textos no podrían ser publicados hoy día sin que su autor fuera considerado machista, racista, apologista de la violencia de género... Así, podríamos calificar algunos artículos sobre los gitano, o los asesinatos de mujeres por sus maridos (que no son nada nuevo traído de la mano de la globalización) en un tiempo en el que el agresor no sufría condena tras 'coser a puñaladas' a su esposa a causa de "los celos, el mayor

"El canario es en la Península más individualista y huido que en su propia tierra, y su rareza será tal vez causa de que se le sobreestime y de que dejen después un largo y entre gozoso y 'maguado' recuerdo"

monstruo... se cegó, ofuscado, arrebatado... Ocurrió luego algo sorprendente: el hombre sintió un profundo arrepentimiento... El tribunal absolvió al reo al estimar que "no hubo intención de matar".

Pero su labor en *Informaciones* también abordó los problemas sociales y económicos, en particular el "pavoroso problema de la vivienda" agravado por los "anémicos sueldos nacionales", una sociedad en la que "las casas de comida de las que dan un plato fuerte para empezar y uno anémico para cerrar boca". Un pueblo que entendía la sisa como un recurso comúnmente reconocido, del que no se libraban ni los objetos de "la España de pandera", donde el grado de castigo de un borracho "desde el punto de vista de la Ley es la impertinencia, contumacia o empueramiento".

La preocupación social es una constante en la trayectoria del periodista, en particular destaca su interés por la dramática estadística de mortandad infantil en el país, donde "la rutina, los prejuicios, la indiferencia materna se confabulan para matar prematuramente a un montón impresionante de criaturas".

Pero también nos deja hermosas transcripciones del habla popular en casi todos sus textos, fruto de su vocación casi científica por recoger la expresión en su aspecto más puro y vivo, como cuando entrevista a unas gitanas cuyas casas cueva se han convertido en un atractivo turístico y ofrecen un folclore puro: "Lo antiguo, de la antigüedad de antes. Se conjunta del cante y er baile que hasemo cuando roban a la novia y nos casamo. ¡Ná de cabanias! ¿Sabusté? E de la sangre nuestra, que nos sale".

Su interés por lo puro, el patrimonio, lo tradicional le lleva redactar trabajos sobre personajes históricos, como la vida de Juana La Loca, y a realizar varias series sobre establecimientos y actividades como los antiguos cafés que ya en la época de Pancho Guerra han dejado de ser "una necesidad", o las farmacias, o los antiguos establecimientos de comidas y posadas, e incluso un clásico como

Lhardy... Ese afán por dejar escrito un acta periodística de su tiempo, no le impide ser capaz de reflexionar sobre el futuro tecnológico y de ficción, señalando «en los años cincuenta- que las máquinas sustituirán a los cafés y otras actividades de tertulia y encuentro».

En sus últimos años de vida recupera la colaboración con *Diario de Las Palmas*, un medio en el que narra la actividad del amplio grupo de canarios que suelen celebrar encuentros en Madrid, a la vez que despliega sus análisis e impresiones sobre su "tierra de jameos y fuego", ese terruño que le provoca "magua por la tierra" y de la que destaca a grandes personajes como Néstor Martín Fernández de la Torre, quien "apagó el tono gris en que se desenvolvía nuestra vida", el artista que "murió con su obra de atracción inacabada. Sabía mejor que nadie que los dones no se podían brindar en bruto. Empezó a montar la escenografía precisa de tanta calidad -¡cómo no!, a sacar del olvido las viejas canciones y las antiguas danzas". Lo que le conduce a apostar por un turismo que desarrolle a unas Islas que necesitan de otros recursos ya que "... con sólo plátanos -que ya ni futbolistas- y el displícite ofrecimiento de una anécdota subterfugio, el mismo y lamentable complejo [del isleño] pervivirá. Lo siento, amigos locales, pero esta denuncia me parece constructiva y por eso la hago".

"Los Cafés se van y luego vendrán las máquinas tragaperras y se lo dan a usted todo confeccionado, lo mismo el cortao, con más o menos malta que el bollo con jamón sintético"

Este interés por el canario, por el espíritu o identidad que lo distingue, lo encuentra también en su reacción ante una fiesta tan "nacional" como los toros: "Nosotros, hombres de blando clima y de esperanzadoras orillas, hombres capaces de sacar leche de una alcuza, que es lo que en definitiva hemos hecho poniendo a vender como por magia los pardos y encampanados serrijones de nuestra geografía, nosotros creemos que vale la pena vivir. Hasta ahora somos un pueblo con el paladar y la sangre en vilo, a diferencia de Castilla, ancha tierra negada, de desencantados pueblos y desencantadas gentes, donde el dolor no cuenta y donde se puede morir porque no se muere".

Pero las diferencias no las reconoce sólo entre los habitantes de las Islas y los del continente, sino también entre grancanarios y tinerfeños, aprovechando su artículo sobre la tauromaquia para señalar que "a propósito de toreros. Quizá ya sepan ustedes que hay gente en esta ibérica y templada profesión lidiando beceros malamañados y torotes de bastante sangre. Es gente de Tenerife. La verdad es que no concebimos un torero grancanario. Las dos islas están bien cerca, pero también en esto parecen profundamente diferentes".